

# Palabra y discurso

PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

Recientemente el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM publicó el libro *Aproximaciones, lecturas del texto*. Puede decirse, como escribió en su "An-representación" a dicho trabajo el doctor Fernando Curiel Defossé, que los trabajos antologados bajo ese título son "ampliación, verificación, mortificación, subversión y actualización de lo textual". Otros podrán decir otras cosas, pues afirmar que cada lector entiende algo distinto ante el mismo texto, sólo es actualizar una antigua tesis de la filosofía escolástica (para no hablar de los sofistas): *quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*. Leí todos esos artículos, y me pareció que podría ser interesante compartir algunas reflexiones sobre la palabra y el discurso, surgidas justamente de mi lectura de ese libro. Son reflexiones sobre la filología: sobre lo que fue, sobre sus orígenes, porque, como decía Baumhauer en 1986 hablando de la ciencia de la comunicación, es preciso afirmar que

una disciplina científica que no se enfrenta a su propio pasado, que no construye y reconstruye de nuevo su propia historia, no puede, en lo absoluto, lograr su propia identidad, y se vuelve irremisiblemente incapaz de determinar lo que es y lo que debía de ser.

¿Qué fue, pues, la filología, qué tenemos que ser nosotros, los filólogos, qué somos? No se me ocurre mejor respuesta, ni una definición más justa que la inherente al nombre mismo de filología: somos, debemos ser, "los amantes del *logos*"; es decir, los guardianes del texto, los expertos en la palabra, a quienes, como decía Cicerón hace muchos siglos, hace ya dos milenios, para ser más exactos

nada debe resultar extraño o desconocido: ni la agudeza de los críticos, ni los pensamientos de los filósofos, ni la expresión limítrofe de los poetas; debe ser nuestra la sublimidad de los trágicos, el veneno de los comediógra-

fos y la memoria de los juristas [de las computadoras, diríamos hoy]. Por ello, nada resulta tan difícil de encontrar como un filólogo, como un buen filólogo.

Sí, es cierto: interpreté a Cicerón, a mi manera, porque él hablaba del orador, no del filólogo; aquél tenía que trabajar con discursos, no con textos. Sin embargo, como decía el profesor Vermeer en 1992, la cultura de Cicerón era una cultura oral, de discursos; la nuestra es una cultura de textos, ¿no es cierto que (en parámetros de comunicación) nuestra cultura ha convertido en texto escrito lo que antes se llamaba discurso? Tal vez sí, tal vez no; por si "quién sabe", es preciso enfrentar la crisis de la duda, a fin de que su toma de conciencia resulte un saludable guiño de convalencia. Mi texto quiere llamar la atención sobre lo delicada, difícil y —por qué no decirlo— hermosa que es nuestra tarea: la de ser filólogos, los amantes del *logos*, expertos en la comunicación a través de las palabras.

"En el principio existía el *logos*" y el *logos*, vuelvo a citar, "es un gran potentado, que con pequeño e imperceptible cuerpo lleva a cabo obras divinas". No pienso entrar en la cuestión de si *logos* es palabra o es oración o es discurso, o a la de qué es palabra y qué es oración y qué es discurso; ateniéndome a los gramáticos antiguos (a los filólogos del siglo segundo antes de Cristo), sólo diré que el *logos* implica un pensamiento completo, una *diánoia*, y se compone de *lexeis*, de palabras, de unidades mínimas de significación; pero, por una parte, ¿qué cosa es la palabra?, y por la otra, ¿cuáles son los límites de un pensamiento completo? ¿Puede alguien siempre, mediante una oración, expresar un pensamiento, su pensamiento completo?

Desde mi punto de vista, "discurso" y "palabra" son los términos con que puede plantearse la cuestión de los filólogos, y desde donde es posible entender la "crisis filológica", una cuestión que, por lo demás, es tan vieja como la misma filología: ¿cuidar la palabra, o cuidar el texto, su transmisión; cuidar los textos, o cuidar el espíritu, el sentido que se

conserva en ellos? Como el sol se desliza al año entre solsticio y solsticio, entre el de verano y el de invierno, la filología ha oscilado secularmente de la palabra al texto. En "Los amantes de la palabra" (una colaboración incluida en *Aproximaciones, lecturas del texto*), yo decía que

la filología y los filólogos se han dedicado y se dedican por épocas, como por moda de la necesidad, a cierto campo de la investigación filológica, y que, sin embargo, ese hecho no reduce los alcances de la filología ni justifica los reproches que se le han hecho, sobre todo cuando se ha tenido que dar a la tarea del cuidado del texto.

Mediante "campos de la investigación" me refería a eso, a las actividades inherentes al cuidado de la palabra, y a todas las que tienen que ver con el cuidado del texto. Por cierto, olvidé decir que también ha habido tiempos que casi destierran de la filología a los estudios literarios. ¿De qué, pues, debe ocuparse, por definición, el filólogo? Teóricamente, la respuesta parece obvia: el filólogo debe ocuparse de todo; no obstante, sobre la práctica siempre ha sido un problema definir y justificar el quehacer de los filólogos y los terrenos de la filología.

Al principio, decíamos, existió el discurso; pero como el genio de Prometeo le robó el fuego a los dioses, el genio humano le arrebató al discurso la palabra: difícilmente puede uno imaginarse ahora el júbilo, la magnitud y las consecuencias de aquel hallazgo. Todavía en Homero es frecuente una metáfora que refleja la, por así decirlo, virginalidad original del lenguaje: sus personajes proferían "palabras aladas". El discurso oral, un todo sinfónico emplumado de mil acordes portadores de un solo sentido, de un mensaje, es semejante al trino de las aves que vuelan sobre las alas del tiempo y del espacio: se oye el trino en el tiempo y se esfuma en el espacio. El genio le arrebató al discurso los morfemas, los enjauló en gramáticas y en diccionarios, pero el ave ha volado, y por ello, ya en las manos del hombre, las palabras nos parecen el ave, y la verdad es que sólo son algunas de sus plumas.

La *lexis* no atrapó al *logos*, sólo creyó atraparlo: ingenua y míticamente creemos que el discurso es la suma de las palabras escritas. La verdad es que el espíritu del discurso vuela y se diluye en la circunstancia de su producción, y la verdaderamente atrapada es la palabra que, presa entre dos blancos, sólo se libera, sólo reproduce al

discurso y su sentido, cuando se despejan los blancos, el de la izquierda y el de la derecha: el tiempo y el espacio de su producción dentro de una cultura determinada; esas son las coordenadas sobre las cuales se encarna todo verbo, y sin las cuales es imposible ubicarlo, interpretarlo y devolverle el colorido de su plumaje, de su sentido, de su espíritu: sin espacio, sin tiempo y sin cultura específicos, como el fuego en manos de los locos es capaz de los peores incendios y destrucciones, las palabras pueden ser portadoras de las mentiras más horribles.

Contra todas las leyes platónicas, busqué la claridad mediante una alegoría; fue la mejor que se me ocurrió para explicar el milenario ir y venir de la filología en manos de los filólogos que, vuelvo sobre el principio, casi como por moda de la necesidad, tienen que dedicarse a una u otra tarea: ora a la palabra escrita, ora a las partes de la palabra, ora al texto; ya vuelan sobre las alas del análisis literario, ya vuelven sobre el sentido del texto y toman aire en las regiones seguras del espíritu, ya se apoyan en los referentes o, finalmente, aterrizan en las meras palabras. En este sentido, estando entre palabras, todo es filología, por más que no les guste a los científicos del pensamiento exacto del siglo XIX, que tanto ha influido en nuestros tiempos.

Haciendo un poco de memoria, puede decirse, a grandes rasgos, que con el descubrimiento de la palabra, el discurso oral pasó a segundo plano. Con aquellos viejos sabios llamados sofistas vuelve el gusto por el discurso en el espacio y tiempo más adecuados; Platón, en contra de los sofistas, canoniza el imperio de las palabras y de su idea absoluta. El pragmatismo de los romanos se mueve cómodamente entre la palabra y el discurso; pero el triunfo del cristianismo (platónico) afianza durante la Edad Media la fidelidad a la palabra como si se tratase de un signo de amor a lo sagrado de las escrituras. De acuerdo, pues, con los tiempos, de acuerdo con sus necesidades y, por qué no decirlo, de acuerdo con las debilidades e inseguridades de los filólogos, la filología se ha vuelto historia, filosofía, lingüística, retórica, poética, literatura, crítica, gramática, hermenéutica; ha sido todo e incluso ha sido nada, nada más que la sirvienta de esas y otras disciplinas, nada más que uno de sus momentos, y que me perdone el profesor Gadamer, quien se imagina a la filología como un elemento de su teoría hermenéutica, como un método de su praxis.

Cuando, después de que fueron animadas, alentadas y fomentadas por el espíritu

filológico de los humanistas del Renacimiento, las ciencias tomaron forma y un carácter independiente de la filología, ésta, como espantada de su obra, ignorando su identidad y la realeza de su linaje, se hizo insegura de sí misma, y en tal estado, quiso competir con sus criaturas, con su método científico, con sus objetivos precisos (mensurables y sujetos a evaluaciones sistemáticas), con métodos de probeta y bisturí, bajo la simetría de reglas y de escuadras. En busca de ser ciencia exacta al estilo de las ciencias del siglo XIX, la filología recurrió a lo que, de entre sus opulentos tesoros, es susceptible al microscopio, sujeto de laboratorios y del análisis científico: a la palabra escrita, a sus morfemas y fonemas, a la gramática, a la sintaxis. La filología fue eso, y no faltará quien aplauda que he llegado a este punto; sin embargo, el vaivén del péndulo filológico no se detiene: el texto hecho pedazos se quedó como la caja de Pandora: sin el espíritu, sin el sentido del discurso, solo, y sólo con la esperanza de otros tiempos, voló a la región humana de lo inconmensurable, de lo que se escapa junto con su acto de presencia.

Es justo, creo, y ciento por ciento filológico, el que los filólogos se ocupen de las palabras; ¿quién, si no lo hacen ellos, podría con las palabras? Pero, y espero que estarán de acuerdo conmigo, allí no acaba, allí no se agota la filología ni la tarea de los filó-

gos; allí empieza el trabajo, porque sin espíritu, sin sentido, sin tiempo y sin espacio, el *logos* (palabras, cuadros, imágenes y pictogramas) queda mejor como pieza en un museo de antigüedades, si es que no se convierte, como decía el maestro Zea, en un dictador de lo que es y de lo que tiene que ser. ¿Qué dicen nuestros textos? ¿Para quién escribimos nuestros textos? El *logos* es comunicación, es mutuo entendimiento.

El Instituto de Investigaciones Filológicas edita *Aproximaciones, lecturas del texto*. ¿No es un título lleno de esperanzas? La maestra Esther Cohen hace una excelente "Presentación" del contenido de todo ese libro, y de cada una de las colaboraciones; no obstante, yo creo que hay que leerlo: es un intentar, mediante textos, decirle algo al otro sobre textos; es, al menos, un signo más de que el péndulo de la filología, tras un respiro de laboratorio y estadísticas, de léxicos y diccionarios, oscila hacia el discurso, rumbo a la búsqueda del espíritu que encierran las palabras. Si los artículos de *Aproximaciones* son buenos, cada quien tendrá que decirlo: al fin y al cabo, pienso, sigue siendo válido el que este *anthropos*, el lector, es la medida de todos los textos. ♦

Esther Cohen (edit.), *Aproximaciones, lecturas del texto* (Ediciones especiales, 2), IIF-UNAM, México, 1995. 358 pp.

## Villa Palladio



## Ristorante

La cocina clásica italiana  
es nuestra especialidad

Calvario 128, Tlalpan, México, D.F.  
Servicio de valet parking  
Tel. 573 82 43